

## Trigésimo Domingo del TO B2024

Permítanme comenzar esta homilía contándoles la historia de Israel. En el año 588 a.C. Israel fue invadido por los babilonios y todo el país fue destruido, incluido el templo. En el asedio final de Jerusalén, el profeta Jeremías fue encarcelado. Pero, muchos años después, mientras estaba en el exilio, el profeta recibió un oráculo de esperanza: Dios estaba a punto de restaurar las ruinas de Jerusalén y permitir que los hijos de Israel regresaran a casa.

Lo que tenemos como primera lectura de hoy es parte de ese oráculo: Dios liberará a su pueblo y el resto de los hijos de Israel, ciegos, cojos, madres y niños, será liberado. De todas partes donde fueron dispersados, su pueblo volverá a su tierra. Partieron llorando, volverán con júbilo.

Antes de continuar, permítanme hacer una parada en este texto. Hermanos y hermanas, la experiencia del exilio forma parte de la vida de cada uno de nosotros. Todos tenemos sueños rotos y proyectos no realizados. ¡Cuántos de nuestros planes se han desvirtuado! Cuántos de nuestros deseos más profundos no se han cumplido hasta el punto de dejar a algunos decepcionados, insatisfechos y amargados. Todos sentimos que hay un misterio a nuestro alrededor que no logramos comprender. Al final, se reduce a una cosa: la experiencia de la vida nos empuja a anhelar nuestra verdadera patria, a esperar un consuelo, a aspirar a un momento en el que Dios tome el asunto en sus manos y nos traiga alegría.

Este legítimo anhelo de alegría y de consuelo es lo que había en el corazón y en la mente del ciego del Evangelio de hoy. Uno de los puntos llamativos de este Evangelio es la determinación y la persistencia del ciego. De hecho, cuando el ciego escuchó pasar a la multitud, preguntó qué estaba sucediendo. Una vez que supo que era Jesús, quiso dirigirse a él y hacerle saber el profundo deseo que tenía en su corazón de la curación de sus ojos. Como él quería, así recibió la curación por intervención de nuestro Señor.

Todo esto le sucedió al ciego gracias a su perseverancia y persistencia. Hermanos y hermanas, mientras no nos desanimemos, a pesar de los obstáculos que encontremos en nuestras empresas, recibiremos lo que deseamos. La política de renunciar a nuestros proyectos a la menor de las dificultades que encontramos es el peor enemigo de nuestra vida y de nuestra fe.

Volvamos de nuevo al caso del ciego. A pesar de los esfuerzos de la multitud por silenciarlo, él sabía que su salud estaba en juego. Ese momento en particular era su única oportunidad de acercarse a Jesús y obtener la curación que tanto anhelaba. Por eso, seguía invocando a Jesús para que tuviera misericordia de él. A su vez, nuestro Señor lo animó a acercarse, a desafiar la opinión de quienes lo estaban abatiendo y a recibir la curación que tanto deseaba.

El ciego nos enseña que la vida nos ofrece innumerables oportunidades. Cuando una se nos presente, tómela y no la deje pasar. Hermanos y hermanas, la oportunidad que perdemos hoy, nunca sabemos si la volveremos a tener mañana. Es mejor aprovechar lo que se nos presente, sobre todo cuando se trata de nuestra salvación eterna.

Cuando no aprovechamos el momento de hoy para actuar y cambiar el curso de los acontecimientos, la oportunidad de hoy puede desaparecer para siempre sin posibilidad de volver a aparecer. Cuando postergamos lo que podemos hacer hoy y lo posponemos para mañana, podemos perder una preciosa oportunidad de actuar y corregir lo que es inminente y posible. En lugar de esperar a otro momento, es mejor hacerlo ahora. Eso es lo que hizo el ciego. No quiso dejar pasar a Jesús sin aprovechar la oportunidad de pedirle su curación.

Al curar al ciego, nuestro Señor lo liberó de la cadena de la dependencia. ¿Qué quiero decir con esto? Imaginemos la vida de ese ciego y el tumulto que la rodeaba. Como ciego, se vio obligado a mendigar para sobrevivir. Como hombre, dependía de la buena voluntad y la generosidad de quienes podían escucharlo y ayudarlo.

Como puede suceder en tales condiciones con muchas personas discapacitadas, el ciego dependía de los demás y de su buena voluntad. Pero esta situación, lejos de ser deseable, es realmente perjudicial para la autoestima de una persona y para su vida. Por supuesto, él no era responsable de lo que era su vida, pero sin embargo se vio afectado por ella. Por eso quiso curarse.

Cuando nuestro Señor lo curó, le dio la oportunidad de ser independiente y de recuperar su dignidad como ser humano. Con esta curación, se convirtió en un hombre libre que podía decidir por sí mismo dónde ir a su antojo y qué hacer con su vida como quisiera. La curación para él fue realmente la ruptura de la dependencia y la recuperación de la libertad.

Mientras no se encontró con nuestro Señor, era dependiente y prisionero. Una vez que lo conoció y recibió la curación, se convirtió en otra persona. Esa es la razón principal por la que nuestro Señor vino al mundo, es decir, para liberarnos de la dependencia que hemos creado en nuestras vidas.

Pero para que eso suceda, tenemos que clamar a nuestro Señor y pedirle que nos sane. Si no hacemos nada y nos escondemos de él, nos quedaremos con nuestras debilidades y dependencias. La fe significa aquí el coraje de invocar a nuestro Señor para la curación y la libertad. Es por eso que nuestro Señor le dice al ciego que su fe lo ha salvado, lo que significa literalmente, el coraje de abrirnos a él y desear ser curados.

Al escuchar estas palabras, volvámonos a nuestro Señor y clamemos como el ciego: “Jesús, hijo de David, ten compasión de mí”. Llévesle nuestras dependencias y ceguera de corazón para que nos sane. No dudemos en pedirle que nos sane física y espiritualmente. Pidámosle que sane a nuestra nación al entrar en esta semana de elecciones.

### **Jeremías 31: 7-9; Hebreos 5: 1-6; Marcos 10: 46-52**



Fecha de la Homilía: el 27 de Octubre, 2024

© 2024 – Padre Felicien I. Mbalala, PhD, STD

Póngase en contacto: [www.mbala.org](http://www.mbala.org)

El nombre de Documento: 20241027homilia.pdf